


secretos guarda mejor la mujer que el hombre.

A juzgar por la espalda y por los brazos, aquella mujer era joven, blanca y mórbida. Se tomaba con las puntas de los dedos las costuras laterales del talle para probar si aún era posible rebajar un cuarto de pulgada á su contorno inferior.

No importa averiguar si las mujeres aprenden dibujo en algún establecimiento, porque hay un maestro sin quincena que les corrige siempre con oportunidad todas sus líneas; no sabrán trazar en el papel, pero saben corregir ante el espejo.

Esta corrección fué larga, y la absorbía de tal manera que ni el ruido de toda la casa llamó su atención, de lo cual inferimos que su primer cuidado era la corrección en las líneas de su talle.

Cansados de esperar nos retiramos de aquel cuarto, deseando mejor oportunidad para presentar de frente á nuestros lectores á la ama de la casa.



#### CAPÍTULO IV.

**M**IENTRAS en la cocina preparaban la ensalada de Noche Buena, al rededor de la *Cá* del general se preparaba la ensalada de la concurrencia. Hay casas en que la concurrencia la constituye, no ese círculo íntimo de los parientes de la familia, que hace el encanto del hogar doméstico, sinó un conjunto heterogéneo de entidades que meten el buen día en casa y están muy contentos porque tienen adonde ir.

Desde el momento en que el General no era General, y la casa aquélla no era *su casa*, los convidados tenían que participar de ese carácter de ambigüedad que

va á ponernos en apuros para darlos á conocer á nuestros lectores. Apenas conocemos á Lupe y á Otilia, y esta ignorancia es tanto más disculpable, cuanto que en la misma casa aquélla no daban detalles acerca de su genealogía, y tenemos que ir á buscarlos á otra parte.

Lupe era hija de un pagador, de esos que pagan seis meses á los demás, y el día menos pensado se lo pagan todo á sí mismos. Dos veces se había hecho esta clase de pagos solemnes; de manera que se había vuelto tan servicial y tan complaciente que dejaba á Lupe hacer y deshacer en la casa del General, especialmente cuando se trataba de prestar servicios á la joven que hemos dejado en el capítulo anterior ajustándose el talle.

Lupe tenía diez y ocho años, era pequeña y por supuesto estaba clorótica. Su color era de ese tono del papel secante que se va quedando en la raza mixta al deslambarse el cobrizo, azteca; color con que luchaba incesantemente Lupe, especialmente

cuando se ponía un sombrero con una pluma muy blanca y muy grande. Tenía el pelo negro y se lo tuzaba en línea horizontal sobre la cejas para formarse lo que ella llamaba *su burrito*.

Nadie conocía á su mamá, y solo se sabía que era hija del pagador; pero eso no hacía al caso, porque Lupe había sabido cambiar de círculo, merced á algunas amistades que contrajo en el Conservatorio á donde concurre seis meses.

Otilia era una de esas amiguitas de escuela nacional que se había encontrado Lupe; de la misma manera que Otilia, se había encontrado un alumno de la Preparatoria, que era aquel jovencito de bigote negro que no tenía posadas.

Lupe, que ya tenía adquiridos ciertos derechos en la casa del General, arregló que el novio aquél sin posadas pasara allí la Noche Buena.

Por eso Otilia estaba loca de alegría.

Otilia era menos trigueña que Lupe y más alta, pero casi de la misma edad. Ya

había aprendido á vestirse y tenía también sombrero con pluma blanca. Esto y el alumno de la Preparatoria eran dos cosas que la hacían feliz.

—Tú dirás, le decía á Lupe llena de reconocimiento, ¿para qué quiero más? mi sombrero blanco y mi novio: figúrate.

—Y qué, ¿te quiere?

—Vaya! si vieras que versos me ha hecho! Dice que son versos positivistas. Mamá no lo puede ver por que dice que es hereje.

—Todas las mamás dicen lo mismo. Como un novio no se confiese ¡adios! ya les parece que se vá uno á condenar

—Y dime ¿se confesará el General?

—Otra vez el General! ¡que mala eres!

—Y tú, que reservada. Mira si al fin ya se...

Qué sabes?

—Que los botines blancos que vas á estrenar esta noche, él te los compró.

—Bueno, pero eso qué tiene de malo? Era preciso calzado blanco para esta noche, y ya sabes que el pobre de mi papá no tie-

ne destino. Luego el General es tan franco, que sin que yo lo supiera va entrando la criada con la canasta para que *me probara piés*, y... y que había yo de hacer. Era lo único que me contrariaba, no tener botines blancos para esta noche.

—Pues yo sí tengo.

—El de la Preparatoria?

—No, Dios me libre!

—Tu mamá?

—No, tampoco. Te diré la verdad, me los fió D. Mateo para pagárselos en abonos.

—Bueno, vamos á estar calzadas esta noche como unas princesas. En estos momentos entró el pagador.

—Mi papá, dijo Lupe.

El pagador venía de ajustar la música. Se echó el sombrero para atrás y se sentó en un sillón.

—Le dije al General que la música iba á costar un sentido si no la buscábamos con tiempo: quieren cuarenta pesos.

—Pues que venga! gritó una voz argentina desde la recámara. El pagador, mucho

antes de pagarse á sí mismo, había pagado tributo á la fealdad; su tez cobriza, su bigote cerdoso y negro y su cabello cortado al estilo de cuadra le hacía conservar su estilo militar apesar de su saco negro y su corbata de toalla. El ángulo facial del pagador acusaba todavía á la raza africana, y de aquí venía su costumbre de cortarse el pelo muy corto, porque cuando fué soldado raso, y asistente del General, mereció entre la tropa el apodo de *el chino*. El general hasta ahora no le decía de otro modo.

Detrás de la vidriera volvió á resonar la voz argentina de la *ama* preguntando:

—Qué dice el chino?

—Que la música quiere cuarenta pesos.

—Y qué tenemos con eso?

—Que es muy cara.

—V. no es más que pagador.

—Ya sé que el General paga; pero me parece mucho.

—Mucho por qué? pobres músicos! es justo que ganen algo en Noche Buena, no hay más que una cada año.

El pagador se encogió de hombros y al cabo de un rato preguntó levantándose.

—Cierro trato?

—Sí, contestó la voz.

—De orden de V?

—De mi orden.

Y el pagador salió sin hablar una palabra.



CAPÍTULO V.

**P**UESTO que hasta ahora no hemos tenido ocasión de verle la cara á la señora de aquella casa, daremos algunos datos acerca de su persona. Era muy conocido en México hace algunos años un personaje cuyo nombre nos ahorraría de toda biografía; pero discretamente lo ocultamos, para darle el vulgar de Pancho, que era con el que le conocían sus amigos. Pancho había sido militar y su vida era ese tejido de peripecias, de viajes, de transformaciones y aventuras que constituyen la de un número increíble de individuos cuyo modo de ser ha estado ligado á la agitación y

trastornos públicos en que ha estado nuestro país durante largos años.

Como era natural, el primer interregno de paz arruinó á Pancho; su personalidad era de esas que sólo pueden figurar en la revolución; no podía servir al ejército permanente por motivos poderosos; era inútil y vicioso, había estado sumariado y se empeñaba en suponer un odio implacable á su persona por parte del Ministro de la Guerra.

—Vea V. el estado en que me tiene el odio del Ministro, decía Pancho como preliminar, y después de enseñar muchos papeles, que nadie leía, acababa por pedir una peseta.

Murió al fin en la mayor miseria dejando en el mundo varios hijos; pero no constituidos en familia, sino diseminados y errantes. Era hija de Pancho una niña recojida por unas tías lejanas y quien á los quince años había probado ya todas las amarguras de la vida; desde la orfandad y el hambre hasta la deshonra.

Nunca es más palpable la necesidad del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

calor materno para formar el corazón de los hijos que en casos semejantes al que narramos. La madre deposita no sé qué gotas de dulzura en nuestra alma, no sé qué gérmenes tan puros, que son como lazos misteriosos que nos ligan á lo bueno por toda nuestra vida. La hija de Pancho estuvo ligada á la virtud por las circunstancias y no por los principios, de manera que cuando pudo levantar una punta del velo que le ocultaba los placeres del mundo, escapó, como una alimaña presa, por el primer resquicio por donde vió la luz.

Desde entonces esa niña fué una de esas entidades parásitas, cuya cifra aumenta de una manera alarmante en las modernas sociedades, y que dan á la ciencia sociológica materia ardua y trabajosa en los problemas insolubles del bienestar de los pueblos.

Fuera de la urdimbre tejida por la moral y el amor al calor de la madre, por la pedagogía al arrimo de la observación y la experiencia, y por la ley social al impulso de la filosofía, la mujer sale al mundo forman-

do un gremio inmenso que atraviesa la vida por su propia cuenta, rompiendo con todos los principios de la ley moral, con la institución de la familia y con el destino de la mujer en la humanidad.

De la actual organización de las sociedades y al través de los diques de la ciencia y la moral, se desborda el torrente de una filosofía terrible, cuyas adeptas pueblan las grandes ciudades del mundo, abriendo con sus dedos color de rosa un abismo profundo donde se sumerge la riqueza pública.

*Esas señoras* eran antes *esas mujeres*. Debemos, pues, convenir en que la sociedad moderna, menos exigente y meticulosa si se quiere, deja hoy muy de su grado, más ancho espacio á la irrupción de esa falange femenina.

Estos ligeros apuntes sirven para comprender mejor las líneas fisonómicas de... la señora de aquella casa, y cuando las tracemos, si el lector lo medita, encontrará sobre qué pasta puede estamparse la fotografía de la belleza, como si lo estudia, sabrá que hoy

la fotografía, tan adelantada como está, estampa también sus negativas sobre piedra y sobre acero.

Es tiempo, pues, de decir que la señora de la casa era la hija de Pancho, el militar mendicante; que se hacía llamar Julia, sin que acertemos á decir si ése era su verdadero nombre, y que había venido á parar á manos del General en el torrente de esa filosofía mujeril de que hemos hablado, á la sombra de la paz de la República y al calor de la Tesorería general.



## CAPÍTULO VI.

JULIA era lo que se llama una belleza á la moda. Tenía la estatura mediana de la raza meridional y sus movimientos estaban impregnados de esa pereza voluptuosa propia de la mujer que vive sólo para agradar. Desde que había roto con las consideraciones sociales, se había entregado de lleno al culto de sí misma. No importa averiguar en qué dramas había jugado el papel de protagonista; pero estos dramas la habían dejado, apesar suyo, cierta sombra de tristeza concentrada y profunda, sobre la que pasaban los fulgores de sus risas, como la luz de los relámpagos sobre los pantanos infectos.